

RESISTENCIA CHIMILA: NI ANIQUILADOS, NI VENCIDOS

Por: **Edgar Rey Sinning**

Artículo Recibido: Marzo 5 de 2009

Artículo Aceptado: Mayo 16 de 2009

RESUMEN

En este artículo se examina de forma sucinta la respuesta que los Chimilas dieron al proceso de usurpación de su territorio, mostrando cómo lograron resistir y lucharon por recuperar su espacio social, al tiempo que se señalan los efectos que tuvo sobre ellos el último proceso de ocupación territorial que, con fines capitalistas, el Estado colombiano y las economías privadas llevaron a cabo, pese al cual no fueron “ni aniquilados ni vencidos”. Finalizaremos este artículo señalando las características de las últimas fundaciones en territorio Chimila y su lucha por la supervivencia.

Para su elaboración se reunió una variada información, a partir de diversos documentos históricos recolectados en archivos nacionales y regionales, diarios, cartas y crónicas de viajeros, además de las diversas reflexiones que han elaborado, antropólogos, sociólogos e historiadores sobre la temática.

Palabras Claves: Nación Chimila, ocupación, territorio, guerra, conquistadores.

ABSTRACT

In this article the response Chimila gave to the process of usurpation of their territory is concisely examined by showing how they resisted and struggled to recover their social space, at the same time it focuses on the effects the last process of occupation, made by the Colombian State and the private economies with capitalist objectives. In spite of that “they were neither defeated nor annihilated”. at the end of the article it is pointed out the features of the last settlements in Chimila territory and their hard struggle for survival.

chronicles, besides the different reflections on the topic made by anthropologists, sociologists, and historians.

Key Words: Chimila Nation, occupation, territory, wars, conquerors.

Introducción

El tema de los Chimilas, por ser altamente desconocido, necesita inicialmente una delimitación espacial. Desde antes de la ocupación por parte del Imperio español, este grupo mantenía su lugar entre las estribaciones suroccidentales de la Sierra Nevada de Santa Marta, el Brazo de Mompox y la Ciénaga de Zapatosa, y entre la ribera derecha del río Magdalena al occidente, y los ríos Ariguaní y Cesar, al oriente. Desde sus orígenes, este grupo desarrolló allí su estructura social, cultura y tradiciones, antes de que el imperio español conquistara esa región.

El presente artículo es el resultado de una investigación realizada, hace algunos años, sobre los nativos Chimilas. Los Chimilas fueron reseñados desde el primer contacto que tuvieron con los españoles como belicosos y guerreros. A la postre, ese calificativo, sumado a sus acciones en defensa de su territorio ancestral, les permitió sobrevivir a los embates del conquistador y se convirtieron en una “piedra en el zapato” en el proceso de ocupación de su territorio. Durante muchos años fueron un verdadero obstáculo al proyecto fundacionista de los europeos en el centro de la Gobernación o Provincia de Santa Marta.

El proceso de conquista y colonización de la provincia de Santa Marta implicó sangrientos encuentros y la destrucción de formas de vida, modos organizacionales (sociales y políticos) y modelos de producción de las comunidades aborígenes, que se vieron obligadas a desplazarse lejos de sus territorios ancestrales.

El territorio que ocupaban los Chimilas, a la llegada de los españoles, comprendía el centro del actual departamento del Magdalena y una importante área del departamento del Cesar. Se trata de lo que Marta Herrera ha catalogado como las llanuras del Caribe colombiano, zona de gran fertilidad por encontrarse rodeada de ríos, ciénegas y diversas fuentes hídricas que irrigan constantemente el terreno. Los Chimilas gozaban de unas extensiones de tierra formidables que les permitían desarrollar sus procesos productivos (rozas con siembras de maíz, yuca, plátano, batata, algodón, etc.), criar animales pequeños, cazar y pescar. En fin de cuentas, se trataba de comunidades agrícolas autosuficientes, que lograron establecer dos tipos de asentamiento: uno ribereño y otro montañero o montuno.

En este territorio, establecieron además su modelo de organización social, consistente en un conjunto de poblados organizados a partir de pequeñas rancherías, en las que se implantaban núcleos de personas emparentadas entre sí, con lo que se inhibían las tensiones al interior de la comunidad y de las mismas familias.¹ Las viviendas estaban compuestas por la casa habitacional, ranchos de almacenamiento y rozas para el cultivo de los productos que hacían parte de su dieta (maíz, plátano, yuca, batata, papayos, mostaza, guadales, algodón, fríjol) y la cría de morrocayos y otros animales pequeños. Estas rancherías contaban además con un centro ceremonial cuya importancia y uso en el conjunto de la población es aún desconocida, pero que sin duda debía servir para mantener un cierto grado de cohesión social, en medio de las presiones generadas por el enfrentamiento con otras comunidades y con los españoles.

Adicionalmente estos poblados estaban articulados entre sí por una serie de caminos que facilitaban la comunicación entre ellos; de tal manera, que cuando se veían sometidos a un enfrentamiento (ya fuera con otras comunidades o con los invasores españoles) podían evitar que se dañara la mayor parte de la población, al momento de un ataque enemigo. Esta distribución nuclear de las familias permitió el establecimiento de “zonas de amortiguamiento” con las que dificultaban, aún más, el acceso a los invasores de su territorio. La movilidad constante de este grupo² evitó la construcción de grandes poblados (aunque algunos de ellos fueran más grandes que los de los españoles) que pudieran ser destruidos fácilmente por los conquistadores europeos.

La compleja organización socio-política es aún difícil de comprender y de reconstruir. Lo más seguro es que no se tratara de una “tribu” como tal, en el sentido de poseer unas instituciones “una integración sociopolítica, una cultura, una lengua y un territorio característicos y bien definidos” (Uribe, 1987: 57); además, la administración de la autoridad se encontraba dispersa entre varios jefes o caciques locales, que al mismo tiempo cumplían funciones sacerdotales. El cacicazgo lo podía desempeñar un hombre o una mujer, no era hereditario. La descripción de Pedro Castro Trespalcios, sobre estos grupos, nos puede ampliar mejor nuestra comprensión al respecto. Sobre el Cacique Upar, señala que gobernaba desde El Molino hasta Garupar, “(...) el cacique Tamalameque gobernaba la parcialidad de Panquiche, Malibú, Barbudo, Simichagua, Sempeche y Tamalaguataca. Sopatín gobernaba la parcialidad de Garupal, Sto. Ángel, Don Pedro y Zárate, tenía buenas relaciones con el cacique Upar... Cada cacique gozaba de los privilegios de ser el jefe de la guerra y de la paz y lo ayudaban en cambio a sembrar las sementeras, recolección de los frutos, etc” (1946: 38-39).

¹ Al crecer mucho una familia debía dividirse y formar nuevas rancherías. Véase: HERRERA ANGEL, Martha, “Confrontación territorial y reordenamiento espacial. ‘Chimilas’ y ‘Españoles’ en la Provincia de Santa Marta. Siglo XVIII”, en Leovedis Martínez y Hugues Sánchez, *Indígenas, poblamiento, política y cultura en el departamento del Cesar*, Valledupar, Universidad Popular del Cesar, 2001.

² Que no debe entenderse como el de una vida nómada.

No fueron esclavistas ni tenían servidumbre todos debían trabajar para vivir; sus tierras eran colectivas y su escaso intercambio lo hacían entre sí o con pueblos vecinos a los que se aliaban de forma estratégica; no se alejaban mucho de su territorio.

Estos elementos³ nos permiten entrever las razones por las cuales la resistencia Chimila se hizo tan persistente (hasta entrado el siglo XX), garantizando la supervivencia de este tenaz e indómito grupo.

Ocupación del Territorio: Intentos Frustrados

Tras iniciados los procesos de ocupación del territorio correspondiente a la entonces provincia de Santa Marta (que comprende los hoy departamentos de Magdalena, Cesar y La Guajira), las comunidades indígenas se vieron sometidas al resquebrajamiento (en algunos casos paulatinos en otros severos) de su mundo y su cultura. Luego de enormes esfuerzos, durante la primera mitad del siglo XVI logran formarse en la provincia de Santa Marta, con un número más o menos estable de españoles, las primeras ciudades y poblaciones “españolas”; con ellas se establecieron las primeras haciendas y encomiendas que, en teoría, debían “asegurar la protección de las comunidades indígenas” y servir en la separación de las llamadas “repúblicas de indios y repúblicas de españoles” (Sæther, 2005: 42).

Este proceso inicial de ocupación del espacio perteneciente a las comunidades indígenas, al encontrarse con la férrea oposición de grupos como el de los Chimilas, debió concentrarse en las zonas periféricas a fin de asegurar “el control” de las rutas que conducían del Caribe colombiano hacia las provincias del interior neogranadino. Durante este período ingresaron igualmente nuevos elementos sociales que debían servir para reforzar el proceso de ocupación, conquista y explotación del territorio: los esclavos negros. Éstos, al igual que los indígenas esclavizados, debieron soportar condiciones de explotación inhumanas, producto de las rancharías de perlas, el trabajo en las haciendas y la caza de indios. Como los esclavos indígenas, los negros también se daban a la fuga y se instalaban en zonas por fuera del control estatal, en rochelas y palenques, se da inicio así a uno de los procesos de miscegenación más complejos de la historia.

Para el siglo XVII, el modelo de población español aún estaba inconcluso y debía soportar, además de la población indígena sin conquistar, a los nuevos grupos surgidos de las fugas de negros e indios esclavizados que se ubicaron en los “amplios espacios que se hallaban entre las hoyas ocupadas por los españoles y los

³ Otros elementos referentes a su religiosidad, la vida familiar, sus formas ceremoniales, ritos y demás aspectos de su forma de vida son aún muy difíciles de reconstruir pues la visión que tenían de ellos los españoles (quienes construyeron las fuentes a través de las cuales nos acercamos a ellos) era la de seres altamente violentos, bárbaros.

remotos lugares de repliegue de los grupos no conquistados” (Ibid: 44), donde podían vivir sin ser perturbados.

Teniendo en cuenta estos hechos, la necesidad de ocupar el territorio y tomar a la población, que se hallaba sin control, como la principal mano de obra a explotar, surgió como la prioridad número uno para las empresas de conquista de los españoles. Pero, este proceso no sería nada fácil, pues, a pesar de contar con un poderío bélico, los españoles debieron sufrir la furia y belicosidad desarrollada por los nativos de la provincia, quienes no estaban dispuestos a ceder su espacio y a permitir la destrucción de su cultura.

Llegado el siglo XVIII, con todo el proceso guerrero adelantado por los conquistadores europeos, la resistencia indígena, que durante los dos siglos anteriores se había limitado a repeler los ataques de los españoles en sus entradas y a uno que otro ataque en los caminos, asume nuevas connotaciones. A los constantes hostigamientos de los españoles en su afán de ganar tierras y de romper las alianzas establecidas entre grupos indígenas que se mantenían por fuera del orden colonial, le siguieron ataques a las haciendas de los españoles en los alrededores de sus territorios y la perturbación del comercio y la navegación por el río Magdalena. Según Antonio Julián, los Chimilas eran verdaderos “(...) corsarios, inquietos, crueles, y traidores... el terror de los que navegan el río Magdalena, tienen siempre en consternación y susto a los que viajan por la provincia; y como están casi en el centro de ella, no hay lugar libre de sus inopinados asaltos fuera de las poblaciones grandes” (1787: 154).

Con cada intento de pacificación, con cada entrada, los ataques de los Chimilas arreciaban aún más, haciendo casi insostenible la situación para los españoles. Si bien es cierto que los poblados españoles lograron perturbar el orden existente y obligaron a los nativos a replegarse en territorios que antes no ocupaban, los ataques que en respuesta dieron los Chimilas a este proceso, lograban entorpecer el “normal” funcionamiento del sistema colonial en el Caribe, pues, además de golpear al comercio, impedían el abastecimiento de carne y otros productos a las plazas de Cartagena y Santa Marta.⁴

A esta situación que mermaba ostensiblemente la economía colonial, se suma el hecho que los enfrentamientos con los Chimila no se realizaban en un solo frente, ya que este grupo desarrolló una estrategia de guerra de guerrillas, que además era respaldada por otros grupos. Al respecto de esta situación Antonio Julián (Ibíd.) comentaba:

⁴ Esto es bastante importante si se tiene en cuenta que durante los ataques que recibían estos puertos de los corsarios y piratas, la zona de Valencia de Jesús y Valledupar era la que suministraba los productos para el sostenimiento de la población.

[La nación Chimila] es traidora, porque nunca viene a cuerpo descubierto. Arma sus emboscadas, y cuando menos piensa el pasajero, se siente encima una lluvia de flechas que ocultamente le disparan. Es terrible en todos modos; terrible por sus flechas envenenadas, terrible por vagabunda, y corsaria por todos los confines de la provincia; y terrible, porque mete las asechanzas donde menos imagina el pasajero incauto. Se mete el Chimila entre matorrales junto al camino real y una hoja, como de palma, o de plátano basta, no digo para esconderse un Chimila, sino una tropa de ellos. Si hubiera algún David que quitara este oprobio de Israel hiciera un gran servicio a Dios, a la Real Corona, a toda la provincia de Santa Marta, y a todo el Reino.

En otro de sus comentarios Julián, afirma que “con flechas en las manos los Chimila para asesinar pasajeros, y hacer daño a las haciendas que encuentran, y matan a los esclavos que rodean los ganados o trabajan en las sementeras. Las flechas de los Chimila son más largas que las de otras Naciones: tendrán por lo menos cinco palmos buenos de largo, según me parece que eran las que tuve en las manos. Son también por lo menos algunas envenenadas” (Ibíd.).

Complementando esto, José Nicolás de la Rosa señala que:

“Toda la tierra de su situación y circunferencia es fertilísima, pero suelen carecer allí de sementeras, por la opresión en que tienen a aquella ciudad [Valencia de Jesús] los indios Caribes, Chimilas y Orejones, y algunos Arahuacos y Pintados fugitivos que se le agregan; y de tal suerte que oprimen a la ciudad en tiempo de verano, que los vecinos se reparten en partidas de a veinte armados, y corren aquella tierra, alternando por semanas; de tal manera que están continuamente con las armas en la mano, y por esto ha venido a gran disminución aquel vecindario” (1945: 206).

Estas relaciones con otros grupos son clave para comprender la supervivencia de esta comunidad, pues sin ellos, quizá no habrían logrado sobrevivir. A estos ataques de los Chimilas, le siguió una estrategia de acorralamiento, por parte de los españoles, mediante



Omar Solano Trillos. Issa Oristunna 14 de agosto de 2008. Grupo de investigación Celikud-Museo de Antropología de la Universidad del Atlántico.

la fundación de numerosos pueblos que sirvieran para aislar a la población indígena, y que, además de garantizar el éxito de las entradas, sirvieran para poblar el territorio que, llegado el XVIII, aún se hallaba despoblado. Las décadas finales del siglo XVIII y primeros años del XIX fueron los más letales para esta comunidad. Gracias a las acciones del pacificador Capitán Agustín De la Sierra, las reducciones de los Chimilas se hicieron efectivas, aunque, aún estando dentro de ellas, continuaron con otras formas de resistencia que merecerían un estudio más detallado. Lo cierto es que la lucha de esta comunidad no cesó y durante el siglo XIX, e incluso entrado el XX, tuvieron que seguir luchando para garantizar su sobrevivencia en el territorio de sus ancestros, a pesar de las medidas arrolladoras de la explotación capitalista de sus terrenos.

Últimas Fundaciones en Territorio Chimila y Sobrevivencia Tenaz

Con la entrada del siglo XIX, se logró la pacificación de muchos Chimilas que terminaron viviendo en pequeñas poblaciones (reducciones). No se sabe si las tierras que solicitaban en 1802 les fueron entregadas. Podríamos finalmente aceptar, que por estos años, termina la pacificación de estos nativos, en los momentos que comienza el proceso de independencia de España. Muchos Chimilas se refugiaban en parajes aislados de la “civilización”, en la espesura de la montaña magdalenense, por San Ángel, Monterrubio y otros lugares. Mientras que otros subían a las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta donde establecían alianzas con los Arhuacos. Otros subían por los lados de la Serranía de Perijá.

Con el advenimiento de los vientos independentistas de la Corona Española, a nuestra nación, se producen varios hechos político-militares⁵ que van a incidir en toda la vida de los neogranadinos. Entre estos hechos, se cuenta el fenómeno social de las migraciones provocadas por la agresividad y la violencia de las partes en conflicto, con los cuales se originaron nuevos asentamientos humanos. Un caso fue el surgimiento de la población de Chivolo, localizada en pleno corazón del territorio de los nativos. Poblamiento que se inició después del triunfo de Simón Bolívar en Tenerife, el 23 de diciembre de 1812, cuando *“los quinientos chapetones (españoles) de la guarnición se desparraman por las montañas de Chivolo, pero antes incendian la villa”* (Noguera, 1980:357). De tal manera, que fueron estos españoles -migrantes (desplazados) tenerifeños de ascendencia ibérica, y fieles al Rey de España- los que “civilizaran” las montañas de Chivolo, la selva, territorio de la Nación Chimila, por ser los primeros fundadores de esta nueva población, situada en el centro de la provincia de Santa Marta, que sería fruto de su trabajo.

⁵ Que no serán estudiados en este artículo dado la basta literatura que sobre el proceso de independencia de la Nueva Granada se ha generado y se sigue generando.

Con el correr de los años, comenzaron a establecerse familias completas de ascendencia española llegadas de Tenerife, que no encontraron ningún obstáculo por parte de los naturales ya diezmados. Esta agregación se fortaleció por otro suceso independista, pues, Tenerife había vuelto a caer en manos de los realistas encabezados por Pablo Morillo y hasta allá llegó a refugiarse el Virrey Juan Sámano cuando huyó de Santa Fe de Bogotá. Pero, el 27 de junio de 1820, el Coronel José Hermógenes Maza y Loboguerrero se toma la Villa de Tenerife, el Virrey alcanza a huir con otros realistas, unos para Cartagena y otros para las montañas de Chivolo, que seguramente para la época ya era un pequeño poblado, tanto que para 1829 formaba parte de Tenerife como una de las 11 agregaciones que tenía en su jurisdicción, mucho menos que tribu como tal. Como puede verse, el territorio de la Nación Chimila continuó en proceso de ocupación. Esta vez no como estrategia de los españoles para pacificar, civilizar y reducir a los nativos, sino como medio para refugiarse de los ejércitos patriotas; con el correr de los años los papeles se habían invertido un poco.

Posiblemente el nombre de Chivolo sea un homenaje a estos nativos, si tenemos en cuenta que muchos nombres de pueblos, caños, ciénagas u otros puntos geográficos del antiguo territorio Chimila se inician con la raíz "Chi": Chilloa, La China, La Chiespere, Chimicuica, Chimichagua, Chiriguaná, Michichoa, entre otros. Parece ser que después de las ocupaciones, los Chimilas que se salvaron se refugiaron en varios lugares de su antiguo territorio, sin mayor contacto con los nuevos dueños de sus tierras y olvidados por los sucesivos gobiernos; muchos afirmaban que habían desaparecido. Algunos de ellos, o familias completas, se quedaron en las cercanías de Chimichagua; otros se establecieron cerca de la hoya del río Ariguaní, pero la mayoría se quedó en las montañas y sábanas de San Ángel y por los lados de Pivijay. Lo anterior se deduce de los documentos hallados y los testimonios de los historiadores y viajeros.

El historiador samario del siglo XIX José C. Alarcón los visitó en 1852 y afirmó que *"vivían hasta hace pocos años como un número de doscientos, a inmediaciones de Pivijay, en el camino que de este pueblo conduce al Valle de Upar. Ahí visitamos nosotros su ranchería el año de 1852. Emigraron y se han establecido últimamente cerca al río Cesar, en la dirección del Playón de don Pedro. Son indios muy mansos, que en nada se parecen a sus antepasados belicosos y dañinos. De donde quiera que estén establecidos hacen peregrinaciones a Ariguaní, donde sus progenitores sostuvieron muy recios combates con los conquistadores"* (1963: 24).

Dos años después se propagó por toda la Región Caribe una peste de viruela que

atacó fuertemente a la población magdalenense, similar a la de 1782 cuando murieron muchos Chimilas y una buena cantidad de población de la provincia. Esta vez, de manera especial, la peste golpeó a los Chimilas que se hallaban en los alrededores de San Ángel, los que quedaron, según se decía, se encontraban reducidos y eran mansos.

Estos seguían sobreviviendo en medio del abandono. Tal como lo manifestaron los viajeros franceses Elíseo Reclus y Luís Striffler, quienes anduvieron por los terrenos de los Chimila en el siglo XIX. El primero nos informa que en 1855 cuando supo de ellos estaban dedicados a la agricultura, pero que:

“(...) eran hasta hace pocos años enemigos irreconciliables de los españoles y de los hombres de color; vestidos con cortezas de árboles, habitaban en las grutas y en las selvas que rodean Cerro Pintado, y el extranjero que se aventuraba hasta cerca de su retiro era implacablemente asesinado. Un día un negro de una fuerza hercúlea, Cristóbal Sandoval, inspirado por no se sabe que pensamiento audaz, fue a presentarse ante el jefe de los chimilas, sin armas, acompañado únicamente de un joven hijo suyo. Se ignora por medio de qué artificio el negro logró encantar al piel-roja; pero el efecto fue inmediato, el caporal abdicó, y Cristóbal lo reemplazó como jefe de los guerreros chimilas. Desde ese día, estos indios cesaron de amenazar a los españoles, y de bandidos se hicieron agricultores. Tales como son, podrían servir de modelo a innumerables criollos, a los cuales el trabajo les ha causado siempre horror” (Reclus, s.f.:105).

Interesante comentario sobre estos nativos que destaca el hecho de ser buenos agricultores, tradición que también reconocen los españoles. Buenos trabajadores que, al compararlos con los criollos samarios, el francés es capaz de colocarlos como ejemplo del hombre que lucha laborando para vivir.

Por su parte, Striffler, en su recorrido camino a la Sierra Nevada de Santa Marta en 1876, atravesó el territorio de la antigua Nación Chimila desde Plato pasando por todos los pequeños asentamientos, entre Apure y San Ángel. En este último, un hombre de apellido Palacio:

“(...) nos dijo que si hubiéramos llegado unas horas antes hubiéramos visto a los indios del Ariguani que habían venido a hacer un bautismo. Es una ocasión rara por cierto, que habíamos perdido para conocer a esa tribu errante. Los individuos que la forman no tienen habitación fija; se mantienen cazando y sólo se presentan a San Ángel por largos intervalos, cuando nace un niño, porque son cristianos y un bautismo es una ocasión para probar el aguardiente. Como todos los indios aprecian mucho los licores

destilados, pero no lo compran por la sencilla razón de que no tienen con que pagarlos. Los animales que matan les sirven de alimento y a eso se reduce toda su actividad. Parece que toda la tribu no se compone de más de diez familias muy cortas. Andan desnudos, y no necesitan nada del mundo civilizado, sino el agua bendita que el cura les suministra generosamente” (Striffler, 1986: 53).

De lo anterior se infiere que los nativos seguían en su territorio, posiblemente viviendo en pequeños grupos o familias como lo señala el europeo, a las orillas del río Ariguaní, conservando la tradición de no concentrarse en grandes conglomerados, en sus bohíos o caneyes y abandonados por un Estado incipiente, enfrascado en guerras civiles con los grupos locales de poder.

Para 1881, como Secretario de la Comisión Corográfica, actúo el escritor Jorge Isaacs quien conoció de cerca a los nativos Chimilas y el 17 de febrero de 1882 compartió con ellos el día:

“(...) en uno de sus caseríos nómadas del Ariguaní. ...Aquel Cacique (Marasa) Jefe hoy de los restos de una tribu invencible, denodada hasta la locura y terror de los gobernantes españoles hasta el fin del siglo XVIII, aquellos hombres de las selvas, libres y fuertes, y tan interesantes por un tipo de superioridad, marcadísima sobre las tribus del interior; aquellas mujeres que enamorarían a nuestros más exquisitos dandys, por su belleza pura y su pudor instintivo, no enseñado y más seductor así; aquellos niños que podrían servirle al pincel de Ud. para modelos de amores: todo eso y el río a cuyas márgenes los busqué y hallé al fin; y los bosques lujosísimos que le sirven de amparo y sombra, y alimentos les da, y su lengua rarísima que pondría en ahogaduras y aprietos por lo gutural a un tudesco octogenario, el franco cariño con que a uno se apegan al hallarle bueno(...)” (Castro, 1979: 48).

Isaacs comenta, además, sobre la forma de cazar, de su moral y su valentía. Tanto comprendió la importancia de esta Nación rebelde que le escribió el poema “*El Imperio Chimila*”, en el que se dice:

*“Imperio de Solí, Rey del Chimila,
ya selva virgen de la cumbre al llano,
Jamás sumiso a ley del Vaticano,
Que los pueblos degrada y aniquila.
Ni una humareda en su horizonte oscila...
Ni leve sombra del orgullo humano
En la extensión de fiero soberano
¡Reinabas solo tú, salvaje atila!*

*En los futuros siglos, altaneras,
Elevarán sus torres las ciudades
Del cataca estruendos en las riberas,*

*Y en vastas e ignotas soledades
No quedará de mí huella ni acento,
¡Oscuro trovador, ave del viento!” (Ibid).*

El nacimiento de otro pueblo, El Difícil, vino a completar el proceso de poblamiento del ancestral territorio de los Chimilas. Paradójicamente, las formas de iniciarse el poblamiento de Chivolo y El Difícil coinciden. Mientras que el primero surgió como consecuencia de una batalla de la dura y prolongada guerra de independencia, el caso de El Difícil fue el producto de un combate en la conocida, sangrienta y bipartidista “Guerra de los Mil Días”. El 16 de mayo de 1900 se dio en Chivolo un enfrentamiento militar protagonizado por las tropas gobiernistas (conservadoras) y los ejércitos revolucionarios (liberales) que terminó con un saldo altísimo de muertos y heridos para ambos bandos; sin embargo, las tropas gobiernistas ganaron y comenzaron a dominar toda la subregión. Muchos de los habitantes de Chivolo –que eran liberales– salieron huyendo del pueblo en busca de refugio. En este sitio, comenta, Fernando Casadiegos:

(...) la selva enmarañada, la topografía bastante quebrada del terreno circundante de cerros, lomas y colinas y el espíritu poco belicoso de los indígenas, advirtieron a los peregrinos que se hallaban en el sitio ideal donde podían asegurar su existencia y continuar haciendo patria al lado de los indios y las fieras mientras que los colombianos destruyen el macilento patrimonio nacional en aras de pasiones partidistas... Israel Anaya, Francisco Aroca, Bartolo Tovar, Eustaquio Carrera, Luis Payares, Pedro Anaya y José Meza Pacheco fueron los primeros en sentar reales en esa tierra y pactar alianza con los nativos para laborar en mutuo consenso las ubérrimas tierras que sus ojos asombrados contemplaban” (1985: 3-4).

La referencia a la actitud pacífica de los aborígenes de la Nación Chimila, no es más que la consecuencia fundamental de los estragos causados por los invasores españoles al territorio. Igualmente debe señalarse que éstos no fueron los primeros en llegar, porque el punto era visitado constantemente por viajeros que transitaban desde las tierras del Valle del Cacique Upar hasta el río, o de éste, partiendo de Plato, hasta las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta, bien arreando ganado vacuno o transportando palo de Brasil y bálsamo de tolú, como lo registra Luís Striffler al señalar que al penetrar a Valledupar lo hizo “por Plato, puerto del Magdalena, en frente de Zambrano. Es el camino que

generalmente toman los que traen animales vivos del valle al Estado de Bolívar... la vía había sido mejorada en 1876... (y) es la más transitable para gente a caballo” (1986: 38-39).

Este camino aún se encuentra en uso y ha sido mejorado para facilitar el tránsito por ese corredor que conduce desde el río Magdalena, hasta la Sierra Nevada de Santa Marta. Ahora bien, no había un solo camino sino varios, ya que al intentar reconstruirlo se daban muchas vueltas para llegar hasta Valledupar, como se aprecia en la obra del francés Luís Striffler antes citada.

El poeta popular de El Dificil, José Agustín Caro y Villar narra en su poema cómo fueron los hechos en esta fundación:

*“En el año de 1901 fue fundado El Dificil:
 hoy Ariguaní Magdalena,
 los dos hombres que en esa época llegaron
 llamasen Bartolo Tovar y Eustaquio Carrera,
 eran unas montañas de carrera
 las cuales fueron bien explotadas,
 había morrocoyo, saíno y guartinagas
 en esta rica y buena región
 y el bálsamo era la salvación
 de esta tierras siempre olvidadas.*

*De estas tierras siempre olvidadas
 7 hermanos Anaya vinieron
 explotando las ricas montañas y
 eran nativos chivoleros.
 Llegaron sin abarca y sin sombrero
 Huyéndole a la guerra de Rafael Uribe,
 Solamente oían el gemido del tigre
 Y de otros animales,
 Se necesitaba tener pantalones
 En esa época bastante imposible.
 En esa época bastante imposible
 Unos indios encontraron aquí
 A Manuel Aguirre y Fermín Domínguez
 Siendo el cacique el indio Sorlis (sic)
 y otros indios también conocidos como:*

*Chacanita y Espejito,
a Felipe y a Naranjito
a Manito y Manuel Chávez
y toda la región sabe
que eran indios muy pobrecitos” (Díaz, 1992).*

Como se ha podido apreciar, la dinámica fundacionista de las cabeceras municipales ha formado parte de las estrategias definidas y planificadas en la época Colonial, como es el caso de las primeras (Tenerife y Plato). Las dos últimas, por su parte, han sido el resultado de hechos políticos y militares distanciados en el tiempo por casi 80 o 90 años, lo que significa que el período de dominación total del territorio de la Nación Chimila duró más de 300 años, si partimos del primer intento de Lope de Orozco y su lugarteniente, el capitán Antonio Cordero, en 1576.



Diana Pinto Sierra. Issa Oristunna 1 de abril 2009. Grupo de investigación Celikud- Museo de Antropología de la Universidad del Atlántico.

Pero la historia no termina ahí, porque hacia 1914/15 y 1920 estuvo en Suramérica el sueco Gustaf Bolinder, quien en su recorrido en 1915, por los caminos del centro del Magdalena, estuvo cerca de las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta, entre Fundación y Valledupar. Después de superar algunos obstáculos, encontró una casa grande de nativos Chimilas, cubierta por hojas de palma. El testimonio de la existencia de ellos lo registró el europeo en los siguientes términos: *“Los indígenas que se encontraban en la casa, un hombre de edad, una*

mujer, un muchacho y una mujer de mediana edad con un bebé, si bien no nos recibieron con abierto desaire de todos modos fueron muy reservados. A alguna distancia vivía otro hombre, sólo, en una casa grande y similar a la anterior, a la cual, además, pertenecían dos chozas abiertas que servían de despensa “ (Bolinder, 1987: 11).

No contento con este hallazgo, el sueco volvió en 1920 y encontró las chozas de su anterior visita, abandonadas y quemadas, y después de tres días de camino, comenta que encontró:

"(...) dos pueblos contiguos, uno con ocho chozas y el otro con dos. Un solo ser viviente estaba en casa: una mujer vieja, ciega, cubierta de heridas y que no hablaba castellano. Esperamos todo el día la llegada del resto de los habitantes, los cuales apenas aparecieron al atardecer y eran un hombre, dos muchachos, una mujer de edad y una mujer joven, así como un niño(...) aceptaron algunos collares, cuchillos y otros regalos. Los muchachos sabían un poco de castellano (...) Así nos enteramos de que en verdad sólo eran siete personas, aunque al construir las chozas habían sido más. Tal vez los otros habían muerto en epidemias de sarampión o de gripe, las cuales habían causado muchas víctimas entre los indígenas y criollos del departamento del Magdalena en el año anterior" (Ibid).

Debe resaltarse el hecho de que las viviendas estuvieran durante el día desocupadas y algo separadas las unas de las otras, una constante cultural entre estos nativos, como también que el enemigo principal de los Chimilas han sido –aún hoy– las epidemias: antes la viruela, ahora el sarampión o la gripe, y la que más los afecta hoy es la escabiosis.

Una nueva información sobre estos nativos la encontramos en los escritos del alemán Gerardo Reichel Dolmatoff de 1944.⁶ Este europeo brinda testimonios de los Chimilas, a partir del estudio sobre sus mitos y leyendas. Después de este contacto, en julio de 1944, el Instituto Etnológico Nacional, por iniciativa del antropólogo francés Paul Rivet, al enterarse de la noticia de la existencia de los nativos Chimilas en el departamento del Magdalena, comisionó a Reichel Dolmatoff y al antropólogo pastuso Milciades Cháves para que adelantaran trabajos de campo sobre la lengua y la cultura Chimila, el primero, y sobre la antropología física,⁷ el segundo. Más recientes son los trabajos de la antropóloga María Trillos Amaya sobre la lengua de los Chimilas: ette taara, dan cuenta de este grupo.⁸

Desde la época que los encontró Bolinder, pasando por las visitas de Reichel y Cháves, los nativos han existido refugiados en pequeños grupos en los territorios de los municipios de Ariguaní, Plato, Chivolo, Pivijay; algunos llegaron hasta los lados de Chimichagua, en el Cesar, y otros a La Peña, corregimiento de El Copey, también en ese Departamento. Podemos afirmar que, a pesar de la recia resistencia de los nativos, la política de pacificación, de apertura de comercio y fundación de pueblos había concluido con relativo éxito para los españoles, por lo costoso de la misma, no sólo en dinero y tiempo, sino también en vidas. Estas últimas fueron ofrecidas, fundamentalmente por los Chimilas, que por poco son totalmente exterminados, lo que significó el comercio y control del territorio del

⁶ Consúltense los textos Reichel Dolmatoff, Gerardo. *Etnografía Chimila*. En: *Boletín de Arqueología*, Vol. 11, No. 2; (abr.-jun. 1946); Bogotá. pág. 95-155. y *Mitos y Cuentos de los Indios Chimilas*. En: *Boletín de Arqueología*, Vol. 1; (feb. 1945); Bogotá. pág. 4-30.

⁷ Como resultado de esas visitas Milciades Cháves escribió el artículo: *Contribución a la Antropología Física de los Chimilas*, publicado en el *Boletín de Arqueología*, Vol. II, No. 2; pág. 157-177.

⁸ Tal vez la antropóloga María Trillos Amaya sea la que más ha contribuido al conocimiento lingüístico de los Chimila. Consúltense: *Categorías gramaticales del ette taara –Lengua de los Chimilas–*, 1997, *Conciencias-Universidad de los Andes*. Bogotá. 204p. Así mismo *Ette taara: el ocultamiento a la revitalización lingüística – Los Chimilas del Ariguaní–*. En: *Lenguas Aborígenes de Colombia*. 1995, *Memorias Simposio la recuperación de lenguas nativas como búsqueda de identidad étnica*. VII Congreso de Antropología. Santa Fe de Bogotá. pág. 75-89.

centro de la provincia de Santa Marta.

A finales del siglo XIX llegan al país, desde Italia, los hermanos Antonio y Pablo Paternostro Cantizano. Mientras el primero se establece en Calamar, el segundo se interna en las montañas de Chivolo como comerciante y adquiere algunas tierras que dedica a la ganadería y a la explotación del bálsamo de Tolú, el cual llevaba hasta la orilla del río Magdalena –puerto de Real del Obispo– y embarcaba hasta Barranquilla para luego ser enviado a Europa. Esta práctica fue implementada desde los tiempos de la Colonia, cuando los españoles descubrieron la inmensa montaña cubierta por ese árbol. Es así como Pablo Paternostro establece relaciones con los Chimilas, quienes vivían diseminados en varios lugares del área. Luego aparece su sobrino Francisco Paternostro Odorizzi, quien compra tierras a algunos nativos en el triángulo de la quebrada Chemicuica: Chivolo, San Ángel y Monterrubio. Al igual que su tío, monta negocios, trabaja la ganadería, explota y exporta bálsamo, establece amistad con los Chimilas, quienes trabajan para él como peones y además comienzan a producirle jáquimas, mochilas y cabuya de majagua, que cambian por café, panela, arroz y otros productos alimenticios.

Como consecuencia de estos nuevos vecinos, y de otros que llegan a mediados de 1939 huyendo de la Segunda Guerra Mundial, como el italiano Alejandro Manco Scopetta, quien se apodera de inmensos terrenos baldíos, creando una gran empresa explotadora y exportadora de bálsamo de Tolú hacia Francia y otros países europeos, la zona adquiere otros componentes que igualmente golpearán a los nativos. Con el señor Manco llegaron otros inmigrantes italianos, como los Fallace, Posterado, Pepsano y otros que ya residían en la zona, como los Bornacelli. Con ellos se creó una especie de colonia y se fundaron grandes haciendas como “Nueva Roma”, “La Sirena” y “Calle Larga”.

Apenas llegó Manco Scopetta estableció contacto con los Chimilas y los convirtió en sus peones. Igualmente, logró llevarse hasta su finca a un grupo de ellos, quienes vivían en las cercanías del caño “Cacahuevo”. En ese momento, el grupo estaba dividido y sobrevivía difícilmente. Además de los “cacahueros”, como se les llama a todos los Chimilas incorrectamente, existían los “antoñazos” y los de “La Sirena”. Manco, además de surtirse con la mano de obra indígena, formó un pequeño harén con las adolescentes Chimilas, por eso muchas de ellas parieron del italiano.

Para poder iniciar esta explotación, fue necesario descuajar la montaña y abrir nuevos caminos, para lo cual se utilizó maquinaria pesada. En medio de estas

nuevas condiciones, los nativos se fueron por los caminos empobrecidos a vivir en pequeños ranchos y en condiciones infrahumanas. Es en este momento, cuando el chivolo Francisco "Pachín" Paternostro Andrade se interesa por los nativos y siendo diputado aparece en un bulldosser "D7Caterpillar" (catapila) y abre nuevos caminos desde el sitio "Cuatro caminos". Desde este punto salieron los caminos a: Chivolo (Tenerife), Flores de María-Garrapata (Pivijay), Monterrubio (Fundación) y San Ángel (Plato). En todos estos lugares se encontraban viviendo en malas condiciones los nativos, a pesar de que toda la subregión se había convertido en despensa ganadera de toda la región. Más tarde es él quien convence a la antropóloga Amparo Jiménez, directora de Asuntos Indígenas del Magdalena, para que visite a estos naturales y se inicien las relaciones entre el Estado y ellos. Situación que mejora, porque en la subregión ya existía el INCORA en cabeza del señor Elber Avendaño.

La explotación del bálsamo no duró mucho, puesto que se tumbaba pero no se sembraba. Sin embargo, el señor Manco hizo un pacto con el cacique Juan Mora, que consistió en entregarle el globo de terreno para que se organizaran como pueblo, en el territorio donde estaban concentrados, conocido como "Monterrubio", que formaba parte de la finca "La Sirena", jurisdicción del recién creado (1999) municipio de Sabanas de San Ángel.

Luego de los trámites administrativos ante el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria, INCORA, se produjo la resolución 075 del 19 de noviembre de 1990, que legalizaba y creaba el resguardo de los Chimilas con el nombre de "ISSA ORYSTUNNA", que traducido al español significa "NUEVA ESPERANZA". Pero éste era un terreno muy pequeño de 288 hectáreas, insuficientes para las 86 familias que allí habitaban. Por ello, *"nosotros nos vimos obligados de hacer varias peticiones, varias cartas al INCORA para que se nos ampliara ese resguardo y es así como, en ese mismo año (1990) se amplía el resguardo, pero que pasa que lo compran es fuera del resguardo, nosotros pedíamos ampliación (...) qué hace el INCORA, lo hace aparte, no la hace continuo, sino que lo ubicó a dos horas de este resguardo"* (Carmona, 1996).

Esta otra finca, conocida como la "Alemania" (Plato), está a 18 kilómetros de "La Sirena", pero aún no se ha legalizado como resguardo; sin embargo los nativos la bautizaron "ISSA ORYSTUNNA II". Se proyecta comprar otro predio en el municipio de Plato, la hacienda "El Tesoro". Pero, por estar tan lejos un resguardo del otro, existe entre los nativos preocupación porque se "está creando ciertas divisiones que pueden llevarnos a pelear entre sí, y puede traer como consecuencia la exterminación de la cultura Chimila" (Ibid).

De todas maneras, los Chimilas, han estado tratando de no desaparecer del todo, sus familias se han establecido y han crecido relativamente, siguen expandidos entre los departamentos del Magdalena y Cesar, en mayor número en el primero. Se piensa que en ese departamento pueden ser unos 750 u 800, divididos entre nativos, zambos, mestizos y algunos convertidos en campesinos como peones, sufriendo de muchas enfermedades como la escabiosis, y además, de la presencia de los paramilitares. Sin embargo, luchan por la ampliación cada vez más del resguardo, porque la tierra nunca será suficiente para vivir, y porque en el pasado su territorio era tan grande, que les permitía ser libres como las aves.

Después de la Constitución de 1991, en el país surgió un nuevo ordenamiento municipal, alimentado por la Ley 136 de 1994 o Nuevo Régimen Municipal Colombiano, y la Ley 177 del mismo año. Este proceso de municipalización se expresó en el Departamento del Magdalena al pasar de 21 municipios a 30. En el antiguo territorio de los Chimilas se establecieron todos: Sábanas de San Ángel (el antiguo fuerte del mismo nombre), Nueva Granada, Santa Bárbara de Pinto, Pijiño del Carmen, Algarrobo, Zapayán, Concordia. Pero como afirman ellos, su territorio podría extenderse hasta los actuales municipios de Aracataca y Ciénaga, en plena Zona Bananera del Magdalena. Del primero se originó El Retén y del segundo nació el Zona Bananera.

La incesante campaña capitalista de destrucción de las comunidades para el aprovechamiento de los recursos de éstas, ha llevado a las que otrora fueran poderosas culturas, a ser aniquiladas por la voracidad de los capitales privados y la indiferencia de un Estado cuyo único propósito es el de rendirse ante estos. La Nación Chimila hoy recluida en el resguardo de San Ángel (Magdalena), *“victimas de nuestra arrogancia y egoísmo de clase y raza, de nuestra violencia, de nuestras enfermedades”* (Fals, 2005: 4), espera que volvamos nuestras miradas hacia ella y que recordemos cómo su arrojo impidió una mayor devastación de nuestros recursos.

BIBLIOGRAFÍA

ALARCÓN, José. (1963). *Compendio de historia del Departamento del Magdalena* (De 1525 hasta 1895). El Voto Nacional. Bogotá.

BOLINDER, Gustaf. (1987). *Los últimos indígenas Chimila*. En: *Boletín Museo del Oro*, No. 18, Banco de la república, Enero-Abril. Bogotá. págs. 10-27.

CARMONA, Luis. (1996). *Situación Actual de los Chimilas*. Santa Marta. (Conferencia grabada)

CASADIEGOS, Fernando. (1985). *El Difícil mayor de edad*. En: *El Informador*, 7 de septiembre. Santa Marta. pág.3-4.

CASTRO, Pedro. (Compilador) (1946). Documentos para la historia de la fundación de Valledupar. Escofet. Santa Marta.

_____. (1979). *Culturas Aborígenes Cesarenses e Independencia de Valle de Upar*. Biblioteca de Autores Cesarenses. Bogotá.

DE LA ROSA, José. (1945). *Floresta de la Santa Iglesia Catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta*. Biblioteca Departamental del Atlántico. Barranquilla.

DIAZ, José. (1992). Grabación realizada. *El Difícil*, Magdalena (Colombia).

FALS, Orlando. (2005). *La región Caribe: ¿Todavía se puede?*. Conferencia leída durante las jornadas del Quinto Encuentro de Historia Regional. Valledupar.

JULIÁN, Antonio. (1787). *La Perla de América*. Editorial Don Antonio de Sancha. Madrid.

NOGUERA, Aníbal. (1980). *Crónica Grande del río de la Magdalena*. Banco Cafetero. v. 1. Bogotá.

RECLUS, Elíseo. (s. f.). *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta*. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Bogotá.

SÆTHER, Steinar. (2005). *Identidades e independencia en Santa Marta y Riohacha, 1750-1850*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Bogotá.

STRIFFLER, Luis. (1986). *El río Cesar. Relación de un viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta en 1876*. Senado de la República. Bogotá.

URIBE, Carlos. (1987). *Chimila*. En: *Introducción a la Colombia Amerindia*. Instituto Colombiano de Antropología. Bogotá. págs. 51-62.

BIOGRAFÍA

EDGAR REY SINNING

Sociólogo. Especialista en Teorías, Métodos y Técnicas de Investigación Social. Magister en Educación-Filosofía Latinoamericana, Universidad Santo Tomás de Aquino. Candidato a Magister en Historia. Gerente general del Canal Regional de Telecaribe. Profesor de cátedra de la Facultad de Ciencias Sociales y Educación de la Universidad de Cartagena, miembro del grupo Cultura, ciudadanía y poder en contextos locales, clasificado en categoría C por Colciencias.
e-mail: papelillopinto@hotmail.com